



ISABEL CLARA EUGENIA, INFANTA DE ESPAÑA, Y GO- BERNADORA DE LOS ESTA- DOS DE FLANDES

EL 12 de agosto de 1566 nació en el palacio de Valsain, entre los frescos bosques de aquel ameno lugar, una linda Princesa, hija del Rey nuestro Señor Don Felipe II el Prudente y de la bella Reina Doña Isabel de Valois. La neófita recibió los nombres de Isabel Clara Eugenia, con que la Historia debía de conocerla.

Eran los tiempos magníficos del esplendor español, y la pequeña Infanta empezó su vida bajo la luz de aquel sol que no se ponía en los Reinos de su augusto padre, y supo más tarde que los mares eran como lagos de su Patria y las razas cual juguetes en las manos formidablemente fuertes de los reyes españoles.

Fué desde pequeña muy agraciada, y su rostro, reproducido muchas veces por los más grandes pintores de la época, resplandecía de maliciosa inteligencia y de gracia suave y simpática. Su vivacidad, su rápida comprensión, hicieron de Isabel Clara Eugenia la hija preferida de Felipe II, quien la asoció a sus trabajos y labores en cuanto la Infanta fué algo mayor. Pensando en esta asociación de trabajadores, no es posible evitar una sonrisa enternecida ante el contraste que debía presentar Isabel Clara Eugenia, casi una niña aún, colaborando con su austero padre en magnas decisiones, y resolviendo asuntos intrincadísimos, ante los cuales palidecían los doctores más sabios y los más sutiles leguleyos.

Linda, sabia y poderosa, Isabel Clara Eugenia pudo ser Reina de Francia, y hubo tratos para casarla con el heredero presunto del Reino Gálico; cuando la muerte del duque de Anjou hizo de Enrique de Navarra un futuro Rey, Felipe II propuso esta unión, que se realizaría después de la anulación del matrimonio de Enrique y de la Reina Margot, quienes ya vivían separados; pero este matrimonio, que hubiese sido muy conveniente a ambos reinos, no llegó a granazón. Así como tampoco las nupcias que se pensaron con el Archiduque Ernesto de Austria, hasta que habiendo cedido Felipe II a su hija los Países Bajos para que los gobernase y reinase sobre ellos, la casó con su primo el Cardenal Infante Alberto de Austria, previamente dispensado de sus votos por el Sumo Pontífice.

tiscos flamencos una tregua de doce años, que más tarde se trocó en paz definitiva y permitió a la Infanta Archiduquesa reinar tranquilamente sobre un país hasta entonces devastado por todos los horrores de la guerra, y que poco a poco se restablecía. gracias a las prudentes y sensatas medidas que adoptaron los Archiduques y que aplicaron siempre con sumo cuidado y un exquisito espíritu de justicia estricta, templada por una bondad vigilante, que se recuerda en Flandes, no obstante los siglos trascurridos desde entonces.

Estas buenas prendas de gobernar deben, sobre todo, ponerse en el haber de nuestra Infanta, cuyo carácter era infinitamente más atractivo que el de su esposo el Archiduque Alberto, hombre serio y entonado, poco a propósito para adquirir simpatías. Así se vió cuando, muerto su esposo el 1625, la Gobernadora de los Países Bajos continuó rigiéndolos con su autoridad de mujer sensata, hasta que en 1633 entregó su alma a Dios, dejando en Flandes un recuerdo vivo y tenaz de sus excelentes dotes de gobierno.

El museo de Madrid guardaba varios retratos de Isabel Clara Eugenia. Uno de ellos, bella pintura de Coello, reproduce a la Infanta en el albor de su juventud, vestida con un rico traje claro, ornado de suntuosos botones de pedrería y un espléndido cinturón, mientras que un bizarro sombrero, donde se mezclan plumas de garza con hilos de perlas, corona graciosamente la cabeza de la Infanta.

Más tarde, en una digna efigie oficial, Rubens el Grande retrata de nuevo a la Gobernadora. Ha trascurrido ya el tiempo. Isabel Clara

Eugenia pasó ya la adolescencia y la juventud, pero aún no es vieja, y todavía conserva su hermosura algo cambiada y su don de simpatía siempre perenne. Vístese con severo traje oscuro, donde blanquean collares de perlas y chispea un rico relicario. Las manos yacen caídas en el regazo, y una de ellas prende, con sus dedos finos, un abanico, cetro femenino de gracia y donosura que españoliza el retrato todo. El implacable tiempo holló con su paso la juventud de la Gobernadora de Flandes y dió a su rostro la pátina melancólica de la vida, que sólo con pasar entristece la naturaleza de los hombres. ¿Isabel Clara Eugenia fué feliz? ¿Fué desdichada? ¿Bastaron a su dicha los éxitos oficiales siempre fríos? ¿Puso su alegría en ellos? ¿En el seguro pero adusto amor del Archiduque? Posible, casi seguramente, así fué y el espíritu superior de la Infanta, templado en el ejemplo y en los consejos de Felipe II, encontró elementos de felicidad en su vida llena de deberes. Mas como el verdadero carácter perdura siempre, por mucho que se intente domeñarlo, el júbilo pizpireto de la Gobernadora encontró una válvula de seguridad en algo casi insignificante, en un abanico. Allí está, en el retrato de Rubens, medio cerrado, medio abierto, descansando en la diestra de la dama. Es símbolo del ardiente, del inquieto Mediodía, frente a las nieblas nórdicas que apagan las luces y extinguen los ruidos. Está quieto, reposa por el momento, pero no tardará en llegar el instante en que Isabel Clara Eugenia, con un breve y seco movimiento de la mano, lo abrirá, y, ris, ras, lo agitará en el aire, donosamente, nerviosamente, recordando la distante España. Así gobernó esta ejemplar mujer las tierras de Flandes. ¡Cuántos abanicos españoles han regido de igual modo imperios y reinos poderosos por toda la superficie del Globo!

MAURICIO LÓPEZ-ROBERTS
Marqués de la Torrehermosa

